

SAMUEL PALMA MANRÍQUEZ

# EL QUEHACER NUESTRO DE CADA DÍA

COOPERACIÓN HUMANA Y EXPERIENCIA SOCIAL



---

---

# Agradecimientos

Quiero dar las gracias a todas aquellas personas que cooperaron conmigo en el aprendizaje y desarrollo de las experiencias e ideas condensadas en este libro, en las más diversas modalidades de trabajo grupal. En especial, a Rodrigo Vera, entrañable amigo y colega en la aventura del aprendizaje, y a los amigos y amigas que a lo largo de los años me han permitido construir vínculos y enhebrar conversaciones.

A María, Rebeca, Marta, Moisés, Arturo, Irma, Nivia y Wilfredo, mis hermanas y hermanos, por los aprendizajes grupales desarrollados en familia de manera temprana. Finalmente, a Cecilia Quilodrán, por el camino recorrido juntos, y a Brenda Herrera y Gonzalo Palma, lectores activos, afectuosos y críticos, padres de mi nieta Adriana y mi nieto Emilio.

---

---

# Prólogo

En este libro se elabora un relato acerca de la cooperación humana. Un relato que puede ayudarnos a comprender el mundo que habitamos y cómo lo habitamos, y cómo podemos influir en su transformación. En realidad, es una narración que se compone de varios relatos, cada uno de los cuales tiene que ver mucho con mi vida, pero también con la tuya y con la de los demás. Ya volveremos sobre esto.

¿Por qué hablar de cooperación? Todo lo que hacemos los seres humanos es cooperación; es decir, actuamos junto con otro u otra, en singular y plural. Desde la vida cotidiana y las relaciones interpersonales a la política, pasando por los grupos y las organizaciones, por las instituciones y el Estado. Todo lo que acontece en la sociedad, a nivel local y global, es cooperación. Entre usted, lector, y yo se está produciendo una interacción en este preciso instante. Donde vemos dos o tres personas interactuando hay cooperación. Cuando hablamos de política, economía o cultura, lo mismo que cuando dialogamos de moral o de valores, hablamos de cooperación. Y ello también vale cuando conversamos sobre fútbol, teatro, música o religión. En el fondo, la coopera-

---

ción tiene que ver con los modos en los que nos relacionamos y nos organizamos para hacernos la vida posible y operar en sociedad.

Hay muchas razones para preguntarse acerca de esos modos de cooperación en la sociedad contemporánea. Michael Tomasello (2010) elabora la idea de la cooperación como un aprendizaje evolutivo y cultural. En ese aprendizaje desarrollamos los recursos y las capacidades para colaborar como una actividad atencional e intencional. La cooperación está incorporada en nuestra genética como una condición para la sostenibilidad y la evolución de la especie.

No obstante, las condiciones históricas y culturales en las que se ha desarrollado la cooperación, en particular a lo largo de los últimos doce mil años, han estado marcadas por dinámicas de construcción de sociedad que han tenido como referencia mediata o inmediata la presencia de dos enemigos externos: el miedo y la guerra. Esta es la proposición que hace Peter Turchin (2016) al sugerir que las fuerzas que subyacen tras la sorprendente capacidad de cooperación, desde la emergencia de la agricultura y ganadería hasta nuestros días, han sido la guerra y la cohesión y el orden social que ella impone sobre los grupos humanos. Así lo atestigua, por ejemplo, el surgimiento y la posterior caída de pasados imperios y civilizaciones.

Por su parte, Martha C. Nussbaum (2019) explora el papel que juega el miedo en la construcción del otro, las percepciones de diferencia y los sentimientos de extrañeza y cómo marcan nuestras disposiciones a colaborar. Ante los desafíos y los problemas que nos generan impotencia e indefensión solemos buscar culpables y tratamos de neutralizarlos o destruirlos. Desde esta óptica, el miedo influye en cómo cooperamos, en cómo nos agrupamos y nos comportamos, tanto en el ámbito colectivo como indivi-

---

dual. Por cierto, dado que el miedo ha sido crucial en el recorrido evolutivo de la especie, ocupa también un lugar fundamental en nuestras experiencias de cooperación en la actualidad.

Rosemary Ruether (1983) sostiene que la exaltación de la guerra en la cultura masculina ha ido acompañada de un marcado sexismo. En la mitología, las mujeres son representadas como miedosas y débiles, pasivas y vulnerables. También los ritos de la guerra están encaminados a expulsar y exorcizar estos atributos femeninos de los hombres: la guerra es de los fuertes y los valientes; los débiles son despreciables o asignados a servir a los primeros. Todavía hoy en las fuerzas armadas persiste cierta retórica que afirma la masculinidad como negación de la feminidad, como contraste de la debilidad.

No resulta extraño, entonces, darse cuenta de que las dinámicas de cooperación que hemos desarrollado durante miles de años hayan desembocado en modos de cooperación que segregan y segmentan a la sociedad a partir de imágenes tales como la guerra, el miedo, la extrañeza, los enemigos, la diferenciación social extrema, la imposición de pautas de subordinación diferenciadas y la minusvalía y disposición arbitraria de los grupos no considerados inmediatamente aptos para el combate. Tampoco resulta extraño que los relatos de colaboración más recurrentes sean las narraciones épicas, que magnifican la gloria y el triunfo de los fuertes, de los jefes y las élites militares, y convierte en anónimo el papel de las masas, de los soldados, de los débiles. Incluso en la actualidad, cualquier tarea que convoque a grandes grupos de población tiende a ser representada socialmente como una «batalla».

A la par con el enorme precio en vidas y bienes que ha tenido la guerra, la innovación y el desarrollo tecnológico se han consoli-

---

dado como consecuencia de ella. La presión por superar al adversario en el campo de operaciones, la capacidad de destrucción de las nuevas armas, la posibilidad de sorprenderlo con tácticas determinadas e impresionarlo con las demostraciones de fuerza y de poder y, sobre todo, la superioridad del propio modo de cooperación, que incluye a soberanos y sus dioses, han estimulado el desarrollo material y cultural. Las nociones de ciencia y tecnología, de religión y cultura, así como de política y economía, han estado influidas por esta visión general del trabajo común construida a partir de la guerra; esto es, de la percepción de que la cooperación de unos implica una amenaza para la cooperación de otros.

Por cierto, los intentos para reducir el impacto de la violencia en la cooperación humana también han sido arduos. Algunos autores hablan de una disminución de la violencia en cualquiera de sus formas y a lo largo de varios siglos; dicha reducción se ha asociado al intercambio y el comercio, y no a la amenaza y la agresión, así como al desarrollo del Estado como un tercero que impone las reglas del juego en las relaciones sociales (Pinker, 2012; Elias, 1987; 1996).

Relacionado con lo anterior, el abandono progresivo y parcial de la violencia ha comportado también una mutación, igualmente parcial, en los modos de cooperación, y así lo atestigua la evolución de la idea de justicia, entre otras expresiones. Al concepto tradicional asociado a la posición de un individuo o de un grupo en el orden social —soberano, amo, noble, soldado, artesano, siervo, esclavo, etc.— la modernidad ha agregado la idea de igualdad —libertad, igualdad y fraternidad en la Revolución francesa— (Russell, 2010). Así es razonable pensar que las dinámicas de cooperación humana basadas en la guerra, o en la percepción del protagonismo ajeno como amenaza del protagonismo propio, se han morigerado a lo largo de la historia, y con ello se han modi-



---

ficado también los modos de cooperación predominantes en las distintas culturas. Pese a ello, es razonable asumir que la dinámica bélica o agonística continúa siendo marcadamente influyente. Por lo pronto, en la actividad política, donde la construcción del enemigo desempeña un papel principal en el diseño de las estrategias de una agrupación o partido (Schmitt, 1991).

A mi juicio, lo importante de las proposiciones anteriores es asumir que, desde el punto de vista histórico y cultural, hemos evolucionado como cooperadores. Nuestros modos básicos de cooperación han estado motivados, todavía lo están, por el protagonismo de individuos que aspiran a hacer factibles sus propios protagonismos. La guerra ha marcado la forma en la que cooperamos y también los vínculos y las conversaciones que llevamos a cabo. No obstante, también ha surgido la posibilidad de reducir o regular, y aun de cuestionar, esta lógica de guerra en la cooperación. Sin embargo, es necesario tener en mente que los relatos destacados sobre la cooperación, con los cuales hemos operado hasta ahora, tienen como referencia la guerra y el miedo. «Contra Franco estábamos mejor», sintetizaba Manuel Vázquez Montalbán (1985).

Hay razones para pensar que necesitamos nuevos relatos acerca de la cooperación para ejecutar nuestra propia cooperación. La cooperación, es decir, la operación conjunta de múltiples participantes en la vida social, conlleva la coordinación de acciones. A su vez, la coordinación, o la adopción de alguna modalidad de ordenamiento recíproco entre participantes, es lo que da origen al orden social y ha sido enunciada como solidaridad colectiva (Turchin, 2016) o solidaridad social (Durkheim, 2013). Lo que nos une y nos permite conformar la sociedad es la cooperación; luego, la reflexión sobre esa cooperación nos ofrece el camino